

# Zonas de alteridad

## La obra busca a su autor

Mauricio Molina

Como sucede con Shakespeare, aunque de manera distinta, también Cervantes se tuvo que enfrentar con la autoría, no de toda su obra, sino del *Quijote*. Como sabemos, un tal Alonso Fernández de Avellaneda —cuya identidad resulta brumosa— publicó en 1614 una segunda parte del *Quijote*. Cervantes, ni tardo ni perezoso, deshizo el entuerto publicando su propia continuación del *Quijote* atribuyendo su autoría a un tal Cide Hamete Benengeli, arguyendo que la había traducido del árabe. El gesto, metaficcional, juguete autorreferencial, es también político. No hay que olvidar los cinco años que Cervantes pasara preso en Argel y que seguramente, como veremos en una entrega posterior, pudo tener una influencia decisiva en su visión del mundo. Cervantes reivindica el islam hispánico —reprimido, como todo lo morisco—, lo incorpora a su obra, lo celebra utilizando este pequeño dispositivo.

Cide Hamete Benengeli pertenece a una estirpe de escritores apócrifos que el siglo XX tuvo a bien reinventar, gracias a Marcel Schwob, Fernando Pessoa y sus heterónimos, Borges, Stanisław Lem y más recientemente John Banville, con su Benjamin Black, autor de novelas policíacas en la vena de Raymond Chandler.

Estos autores imaginarios pueblan la literatura y han dado mucho de qué hablar, sobre todo para negar al autor o para difundir la idea de que el texto es el que importa, independientemente de su creador. Esta superstición contemporánea ha dado lugar a numerosos coloquios sobre la inexistencia de la autoría y la mengua de su historicidad, su huella en el tiempo, entre otras cosas.

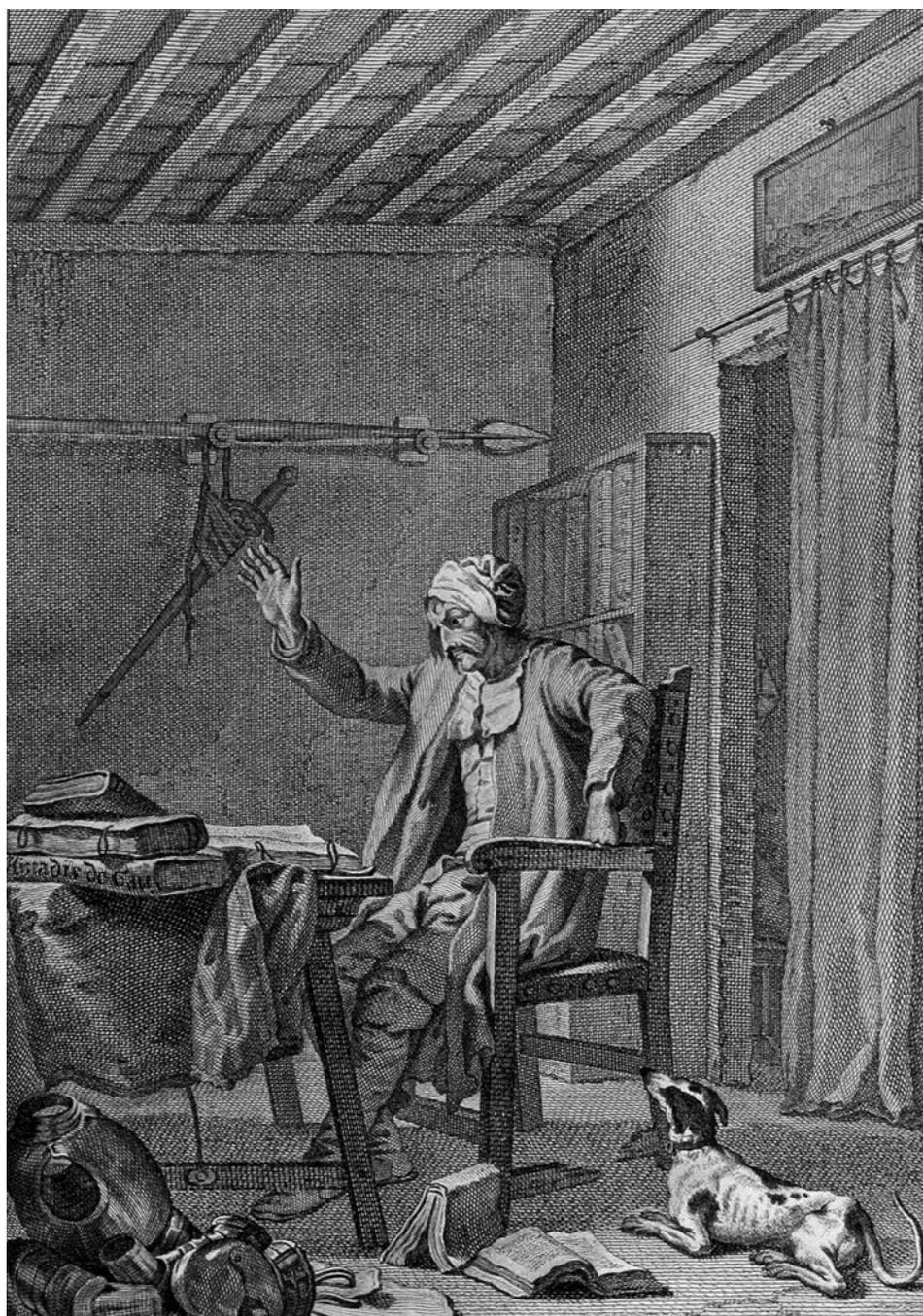
Todo esto para decir que la autorreferencia existe desde siempre. Cervantes, en su genialidad mayor, responde con un

autor apócrifo del *Quijote* no sólo para defenderse de su plagiario, sino para inventar un género: lo que Italo Calvino llama la literatura al cuadrado. Debemos a Cervantes la idea de que un autor puede ser también un demiurgo: alguien

que no sólo escribe novelas sino que crea tradiciones.

Pero lo interesante aquí es el juego. Franz Kafka, por ejemplo, escribe:

“Sancho Panza, que por lo demás nunca se jactó de ello, logró, con el correr de



Representación de Don Quijote creada y dibujada por José del Castillo y grabada por Manuel Salvador Carmona, edición de Joaquín Ibarra para la RAE, 1780

los años, mediante la composición de una cantidad de novelas de caballería y de bandoleros, en horas del atardecer y de la noche, apartar a tal punto de sí a su demonio, al que luego dio el nombre de don Quijote, que este se lanzó irrefrenablemente a las más locas aventuras, las cuales, empero, por falta de un objeto predeterminado, y que precisamente hubiese debido ser Sancho Panza, no hicieron daño a nadie. Sancho Panza, hombre libre, siguió impasible, quizás en razón de un cierto sentido de la responsabilidad, a don Quijote en sus andanzas, alcanzando con ello un grande y útil esparcimiento hasta su fin”.

Paul Auster, muchos años después, escribió una variante feliz de la hipótesis kafkiana en su *Ciudad de cristal*, perteneciente a la *Trilogía de Nueva York*. Al decir de Auster, Don Quijote no está loco;

se hace pasar por tal para engañar a Sancho, quien a su vez contará sus aventuras con el ingenioso hidalgo a la gente y, después de múltiples entuertos, las escribirá Simón Carrasco, quien las hará traducir al árabe para que, finalmente, Cervantes encuentre el manuscrito en Toledo y lo traduzca al castellano. Don Quijote busca su autor.

No podemos olvidar aquí a Borges, quien en su “Pierre Menard, autor del *Quijote*” describe una versión infinitamente más sutil con la sola transcripción, palabra por palabra, del texto cervantino fuera de su tiempo.

Shakespeare no fue ajeno a estos juegos. Basta con mencionar aquí aquel pasaje de *Hamlet* donde el príncipe danés produce una obra teatral en que los acontecimientos refieren no sólo el infame ase-

sinato de su padre, sino los hechos que sucederán más tarde en la obra.

Mucho se ha escrito acerca de la autoría del corpus shakespeareano. Tirios y troyanos aducen, desde sus trincheras, argumentos a favor y en contra del poeta de Stratford-upon-Avon. Unos dicen que Shakespeare era un hombre inculto, proveniente del pueblo, un granjero que nunca viajó fuera de Inglaterra, y que por lo tanto era imposible que escribiera obras de la sutileza y profundidad de *La tempestad*, *Macbeth*, *Romeo y Julieta*, y que tuvo que ser otra persona quien escribiera esas obras. Algunos apuntan a la figura de Christopher Marlowe, otros a Francis Bacon o Edward de Vere. Recientemente, en la “Declaración de la duda razonable”, firmado por Derek Jacobi y Mark Rylance (quien acaba de recibir el Oscar a mejor actor de reparto), esta polémica, en la que se han inmiscuido Walt Whitman, Mark Twain, Orson Welles, entre otros, se ha vuelto a encender.

Shakespeare, por lo que vemos, necesita su propio Cide Hamete Benengeli para justificar su existencia y la autoría de sus obras. Borges escribe: “Shakespeare, que tantos hombres fue, Shakespeare, que fue Macbeth y fue el rey Duncan, acuchillado por Macbeth, Macduff que mató a Macbeth, solía despojarse de esas máscaras que la forma dramática le imponía y ser William Shakespeare”. En otro de sus textos, incluido en *El hacedor*, Borges declara, hablando de “Yo, que tantos hombres he sido en vano, quiero ser uno y yo. La voz de Dios le contestó desde un torbellino: Yo tampoco soy: yo soñé el mundo como tú soñaste tu obra, mi Shakespeare, y entre las formas de mi sueño estás tú, que como yo eres muchos y nadie”.

El autor siempre es otro. *Je est un autre*, como afirmó Rimbaud. Cervantes y Shakespeare lo sabían, como después lo supieron Ezra Pound, Fernando Pessoa, Péric, Pavić y tantos otros.

Es probable que Cervantes y Shakespeare se estén riendo de sus estudiosos buscando “desfacer entuertos” y que los verdaderos autores de sus obras seamos nosotros, sus infames, ínfimos lectores.

Cide Hamete Benengeli camina entre nosotros. **u**



Cide Hamete Benengeli